



ACERCA DE LOS ATAQUES A MEDJUGORJE

Estas reflexiones van ahora dirigidas a responder a los ataques que últimamente han embestido con inusitada furia contra las apariciones de Medjugorje.

Medjugorje es Iglesia. Iglesia abierta a todos. El llamado es universal y Medjugorje trasciende sus propios límites parroquiales. Es por eso que nadie, ninguna persona o grupo puede arrogarse monopolio o pertenencia exclusiva alguna. Carismática es su esencia, porque procede de un don extraordinario de Dios conferido, a través de la Santísima Virgen, a unos videntes. Pero, -no hay que olvidarlo- al ser Iglesia es también jerárquica y por más que en lo que atañe a Medjugorje no haya coincidencias de apreciación con el ordinario del lugar, siempre se deben respetar sus decisiones en lo que hace a su jurisdicción diocesana, y, demás está decirlo, a lo que el Santo Padre en cualquier momento disponga.

Desviaciones de sostenedores y problemas eclesiales de antigua data, en mucho anterior a la venida de la Virgen, han servido a los detractores, a quienes están convencidos que todo se trata de un fraude, para descalificar y negar la autenticidad de estas epifanías marianas o, como otros gustan llamar, mariofanías.

La respuesta a quienes le niegan veracidad a las apariciones se puede condensar en preguntas y éstas son algunas: ¿Cuál es el mayor acontecimiento eclesial que hoy se oponga con más fuerza al mal que, como nunca, arrastra al mundo? ¿Cuál es esa fuerza, ese acontecimiento, cuando el Magisterio es ignorado y ridiculizado y la sabia e iluminada voz del Santo Padre es acallada o maliciosamente interpretada por casi todos los medios masivos de comunicación? ¿Puede el cielo dejar de auxiliar a la Iglesia en tiempos en que todo el ministerio magisterial es hostigado por el espíritu del mundo y contestado impudicamente por los personajes conspicuos que se llaman a sí mismos "católicos adultos" y con ello justifican la no obediencia a la Iglesia de Cristo, Madre y Maestra? ¿Cuál es esa fuerza que se oponga y detenga tanto mal, cuando ningún documento pastoral es tenido en cuenta, ni siquiera leído y sí, en cambio, son repetidas hasta el cansancio las acerbias críticas que difunden los medios quitando y agregando lo que maliciosamente les conviene o cuando por todos son vistas, leídas y creídas las infamias que difunden libros y películas ante la verdad de Cristo y su Iglesia? Todas estas preguntas van dirigidas a mostrar lo que, para nosotros, es evidencia: que ante la abundancia del pecado en el mundo, la Divina Providencia ha dispuesto la gracia sobreabundante de las apariciones en Medjugorje como de algunas otras gracias extraordinarias para este tiempo de verdadera apostasía general.

Por no ser un argumento convincente tampoco es admisible explicar el llamado "fenómeno Medjugorje" diciendo que "donde se ora hay conversiones" y que "Dios escribe derecho en renglones torcidos". No es posible querer así dar explicación a los millones de conversiones radicales que vienen ocurriendo por estas apariciones. Mas bien cabe preguntarse ¿A qué van tantas personas a Medjugorje año tras año sin siquiera interrumpir el flujo de peregrinos durante la guerra bosniaca? ¿Van acaso a ver un paisaje? ¿Van a oír a grandes personajes? ¿Van talvez en búsqueda de soluciones mágicas engañadas por una perversa o hábil propaganda? Nada de eso las atrae. Acuden a un llamado y responden rezando, confesándose, adorando al Señor, la mayoría haciendo su primera experiencia de Iglesia, en abandono confiado a la Virgen que los ha convocado para que Dios les dé verdadero sentido a sus vidas cuando le abren el corazón.

Medjugorje es llamado, y con justicia, "el confesonario del mundo". El gran teólogo Von Balthasar, quien creía en lo que acontecía en Medjugorje, aconsejaba a los sacerdotes que visitaran el lugar y se dedicaran a confesar. En el confesonario podrían verificar la autenticidad de las apariciones.

Medjugorje no admite explicaciones que no se aplican en ninguna otra parte porque, sencillamente, Medjugorje no es un mito, porque, muy simplemente, la Santísima Virgen verdaderamente se aparece allí.

Si replicar Medjugorje fuera tan sencillo, es decir convocar a las personas a rezar y convencerlas de confesar todo su pasado y descargar el mal acumulado y hacer sus vidas totalmente nuevas, en Dios; si tan solo se necesitara algunos niños o jóvenes que digan que ven a la Virgen (nunca olvidar que al comienzo de las apariciones el país era ateo comunista y sufrieron persecuciones tanto ellos como el párroco, el P. Jozo, que fue torturado y encarcelado) y montasen una farsa (¡menuda y peligrosa farsa aquella!) entonces ya debería haber ocurrido lo mismo en muchas partes del mundo donde pululan los falsos videntes.

Si por la oración de algunos se pudiese convocar a millones, si esto fuera así, habría entonces que esperar que en todas partes del mundo nos dedicásemos sólo a impulsar a la oración (lo que es muy necesario y sería muy loable). ¿Por qué no se insiste sobre la primacía de la oración como lo hace el Santo Padre en toda oportunidad y ante diferentes audiencias? O ¿por qué donde si se exhorta a la oración la respuesta es tan escasa y no hay conversiones masivas como en Medjugorje?

Como vemos, aquellos argumentos no se sostienen. La explicación es una sola: en Medjugorje se reza intensamente porque allí está la gracia para hacerlo, porque quienes allí van se encuentran con la gracia, porque la presencia del Espíritu Santo es grande, enorme. No es porque se reza que hay conversiones sino que porque hay conversiones, de los que acuden al llamado, rezan los que nunca antes lo habían hecho o lo hacían sólo en circunstancias extremas para pedir algún auxilio y después seguían en su indiferencia.

Es la gracia extraordinaria presente en Medjugorje la que precede la oración intensa en la parroquia y se extiende fuera de los límites porque los peregrinos llevan luego a sus lugares de origen la oración y la adoración antes inexistente o escasa. Es esa gracia extraordinaria que se irradia desde allí la que alcanza a tantas personas que forman grupos de oración y adoración y que nunca pisaron aquel suelo.

¡Cuántas vocaciones a la vida consagrada, al sacerdocio, a la fundación de una familia han nacido en Medjugorje! Esta es la experiencia de muchísimos y es mi propia experiencia. Si esta obra hubiera sido cosa de los hombres ya habría fracasado, pero siendo de Dios no podrá ser destruida (Cf. Hch 5:38-39).

El agnóstico que va a Medjugorje no se impresiona tanto porque otros recién sino porque descubre una presencia, la misma que lo ha estado invitando. Generalmente no sabe porqué llegó hasta ahí y de pronto descubre que nuestra religión es la verdadera: que Dios existe, que Jesucristo es el Salvador y es Dios, el hijo de la Virgen María y que Ella está precisamente en ese lugar. De un modo misterioso y repentino se le empieza a develar la fe católica y a descubrir los sacramentos y la necesidad imprescindible que tiene de ellos. Comprende que la Iglesia Católica es la Iglesia de Cristo y se siente Iglesia, y la abraza, la ama y la defiende. Y se le hace conciente también que la realidad no está limitada por sus sentidos y su razón sino que hay otra realidad mucho más profunda, trascendente, que da respuestas a lo que hasta ayer para él era motivo angustioso del absurdo: la vida humana y la muerte.

En Medjugorje se reza, queridos hermanos, y se descubre quién es la que viene a visitarnos por la presencia fuerte del Espíritu Santo (Cf. Lc 1:41-43). No es la voluntad de rezar la que atrae a la gracia sino la gracia la que hace que recemos y recemos con el corazón y añoremos esas experiencias cuando no estamos allí.

Que nada de lo malo, hecho o denunciado, nos haga perder el equilibrio y la gracia y que nunca las sombras nos oculten la luz, la inmensa luz que -desde hace casi 30 años- se irradia desde Medjugorje a todo el mundo.

P. Justo Antonio Lofeudo